

Crónica de una beatificación

“Con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”

Ignacio Ellacuría, S.J.

Por Gerardo Antonio Aguilar, SJ *

El viernes 21 de mayo del 2015, por la madrugada, viajé de Nicaragua a El Salvador para vivir el acontecimiento eclesial de la beatificación de Monseñor Romero. La preparación inició desde el viaje en bus, ese tiempo sirvió para ordenar mis ideas y tomar consciencia de la trascendencia espiritual de este suceso en mi vida.

Nací ocho años después del asesinato de Monseñor Romero, pero la transmisión oral de su testimonio de vida y su opción preferencial por los pobres me fue heredada por mi familia. La figura de Monseñor siempre ha sido para mí

un claro referente de lo que significa hacer vida el Evangelio. De manera que, estar en la beatificación fue pasar de un testimonio oral de la fe a la vivencia real de la misma. El sábado 22 de mayo, me levanté temprano para poder estar listo y alcanzar un buen puesto en el evento. Mi hermana, mi prima y yo decidimos irnos caminando desde el redondel de la Constitución, conocido popularmente como La Chulona, hasta llegar al templete que se había preparado para la ceremonia.

El recorrido que hicimos fue sumamente simbólico. Estuvo lleno de muchos encuentros: con amigos, conocidos y personas con las que he compartido alguna experiencia espiritual o humana. Todos estos

encuentros vibraban a un mismo ritmo: la fe. En los rostros de esas personas que encontré, incluso en aquellas que no conocía, se leía una alegría insondable. Parafraseando al Papa Francisco, este acontecimiento fue vivir, en carne propia, la Evangelii Gaudium en y con mi pueblo salvadoreño.

La misa de beatificación se desarrolló con toda la solemnidad de la ocasión. Estaba bien organizada. Los cantos, la carta del Papa Francisco, la homilía del Cardenal Amato, las reliquias de Romero y la presencia del pueblo salvadoreño crearon un ambiente muy especial que suscitaba una profunda consolación espiritual. Consolación espiritual que puede entenderse desde los temas recurrentes con los que Monseñor Romero exhortaba en sus homilías a todo el pueblo salvadoreño: amor, perdón y concordia.

El cardenal Amato, en su homilía, describió muy acertadamente la





persona de Monseñor: “Romero era un sacerdote bueno y un Obispo sabio. Pero sobre todo era un hombre virtuoso. Amaba a Jesús, lo adoraba en la Eucaristía, amaba a la Iglesia, veneraba a la Santísima Virgen María, amaba a su pueblo”. Esas palabras me llegaron profundamente al corazón. En ese momento comprendí lo valioso que es tener, más que un referente nacional, un referente personal que te invita al compromiso serio con la realidad y con los más necesitados. La misa estaba por concluir y yo aún permanecía impactado ante la figura de Monseñor Romero. Después de treinta y cinco años de

su muerte, por fin se había hecho justicia. Lo que mis padres y mi tío José Chencho Alas me transmitieron, acerca de ese hombre, comenzó a tener mayor significado para mí. Fue entonces que, al estar con el pueblo, entendí porqué, para ellos, él ya es un santo y no sólo un beato.

Hoy tengo mayor claridad del porqué Monseñor ha trascendido fronteras y ahora es un referente no sólo para El Salvador, o para América Latina, sino para el mundo entero. Para terminar, me gustaría citar el fragmento de un poema escrito por José Chencho Alas, quien en su trabajo pastoral entabló una profunda amistad con Monseñor Romero, que le permitió conocerle muy de cerca, desde la caridad, escucha, compromiso y ternura que mostraba a su pueblo salvadoreño. En ese breve fragmento encuentro resaltado los sentimientos y el horizonte que proyecta la figura de Romero en mi vida:

“Santo de América, mártir de los pueblos oprimidos,
cayó tu cuerpo en el surco
y de su fondo como del nido voló una paloma
de continente en continente,
su voz se oyó potente
anunciando liberación, justicia y paz”

* Escolar de la Compañía de Jesús / Estudiante de Humanidades y Filosofía.

